

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *La casa de Rocaforte. Novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Días geniales, por D. Juan Cuesta.* = *Anuncio.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

TEATRO PRINCIPAL.

FRA-DIAVOLO, ópera en tres actos traducida al español.

Veintiocho años ha que esta produccion se ejecutó por primera vez en el teatro de la Ópera cómica de París, y desde entonces acá ha recorrido la Europa entera alcanzando en todas partes un lisonjero éxito, debido á su mérito indisputable. Auber, el distinguido autor de *La Muda de Portici* y de *El Dominó negro*, no se ha mostrado en la música de la obra á que nos referimos inferior á lo demás que ha salido de su fecunda pluma, y ya este nombre justamente célebre era una garantía para la empresa de nuestro teatro, la cual no solo se apresuró á adoptarla en su repertorio, sino que tambien la ha puesto en escena con el mayor esmero, consultando para la propiedad de los trages escelentes estampas, y no omitiendo nada de cuanto pudiera, en todo lo que de ella dependia, coadyuvar al buen resultado. Si este no ha sido tal cual debia esperarse en sus primeras representaciones, ya veremos mas adelante que no ha sido por cierta culpa suya.

Principiaremos por decir algo del libreto.

Mr. Scribe, el primero de los autores cómicos de nuestra época, y uno de los mas distinguidos que han honrado á la Francia, cuando trata de escribir argumentos de óperas acostumbra á guardar en un cajon de su mesa su conciencia artística, y desentendiéndose de la

JULIO.

historia y de la verdad escénica, busca solo ciertos efectos que zurce de cualquier modo para que sirvan como de cuadro á la música. De esto tenemos un ejemplo bien notable en la ópera que analizamos.

Fra-Diávolo no tiene del personage histórico mas que el nombre y tal cual leve circunstancia de su vida. El fué en efecto un bandido napolitano, el cual en 1799, es decir, durante la efímera existencia de la república Partenopea, se adhirió con los suyos al partido del rey, sostenido por el cardenal Ruffo, contra los franceses, fundadores y patronos de aquella república. Es decir, que se convirtió en un partidario á modo de los de la guerra de la independencia española, y que obtuvo por sus servicios á aquella causa el grado de coronel; lo cual no impidió que fuese siempre un sanguinario bandido, igualmente temible á amigos y á enemigos. Despues de largas vicisitudes, los franceses lograron apoderarse de él, y fué ahorcado en Nápoles en 1806.

El Fra-Diávolo de la ópera es solo un capitán de ladrones de la estofa de Diego Corrientes ó de José María. Es en suma el tipo de tantos otros como recientemente nos han dado aquí los abastecedores de dramas de munición, los cuales, segun se vé, no tenían ni siquiera el pobre mérito de la originalidad. Fra-Diávolo se viste de caballero para preparar sus golpes con mayor certeza y para desorientar á los que le persiguen. A Fra-Diávolo le componen canciones *en honor suyo*, como allí se dice. Fra-Diávolo es tenido por invulnerable. Fra-Diávolo, en fin, desvalija al rico y socorre al pobre, como nuestros arriba citados héroes de encrucijada.

Interesantísimo personage es el tal Fra-Diávolo.

Ya que le conocemos, digamos algo de lo que aquí le sucede.

Supónesele en aquel momento perseguido por una partida de carabineros, cuyo cabo,

llamado Lorenzo, está enamorado de Zerlina, hija del dueño de una hostería situada cerca de Terracina. Aunque su amor es correspondido, no pueden casarse los amantes, porque el hostelero no se contenta con un cabo de escuadra, y tiene prometida la mano de su hija á un rico patán amigo suyo.

Mientras ambos se lamentan de su mala suerte llega á la posada Lord Kokbourg con su esposa Pamela, á los que acaba de robar la partida de Fra-Diávolo, á consecuencia de lo cual los dos ilustres ingleses ponen el grito en las nubes. Síguelos de cerca un apuesto caballero, el marqués de San Marco, quien lleva tres días de cantar barquerolas con la linda lady, que se deja enamorar con toda la gravedad inglesa, muy agena por cierto de que el supuesto marqués fuese, como lo era, el mismísimo Fra-Diávolo, cuyas gentes acababan de robarle sus ricos aderezos y sus magníficos trages.

En tanto que esto sucedía, Lorenzo y sus carabineros habían atacado á los bandidos, muértoles muchos y rescatado los diamantes de Pamela, la cual recompensa esta acción con algunos miles de francos, que han de servir de dote á Zerlina.

Fra-Diávolo, allí presente, intenta reconquistar su presa, y al efecto hace ocultar en la hostería á dos de los suyos, con objeto de asesinar aquella noche á los ingleses y á Zerlina; pero cuando estaban á punto de ejecutarlo, la inesperada vuelta de Lorenzo y de su tropa inutiliza su plan. Descubierta el marqués á deshora supone que está allí escondido por una cita amorosa, con lo cual Lorenzo celoso lo desafía.

El bandido, ardiendo en deseos de venganza, le tiende un lazo, y da por escrito á los dos cómplices suyos sus instrucciones; pero estos se hacen sospechosos por algunas palabras, se les prende, se les registra, y se les halla encima el papel de su jefe. Entonces Lorenzo dispone que sus soldados se oculten, y amenazando á los bandidos les obliga á dar cierta señal convenida. Mediante ella Fra-Diávolo, que se cree seguro, baja de la montaña y es preso. Lorenzo, sin que sepamos nosotros mucho por qué, reconoce la inocencia de Zerlina, y cae el telón.

Tal es la ópera en su original francés. Los traductores, sin que se haya comprendido la razón, han alterado lastimosamente este final, haciendo que Fra-Diávolo quiera huir, que le tiren dos tiros, que caiga en un precipicio, que se nuble el sol, que estalle una tormenta, que cruce los aires un rayo, y que el

bandido aparezca sobre una roca soltando una estrepitosa carcajada.

Todo este trozo fantasmagórico deja tan frios á los espectadores como debió dejar á los carabineros el ver que se les escapaba su presa, y que perdían los veinte mil escudos que por ella se les había prometido.

¿Qué objeto se han propuesto, qué fin han logrado al quererle así enmendar la plana á Scribe? Confesamos que no lo hemos comprendido.

No falta interés á esta acción, aunque, según digimos mas arriba, maldita la conciencia que hay del arte. El descubrimiento de la trama, por ejemplo, ya se ha visto que se verifica á consecuencia de algunas sospechas que recaen sobre los dos bandidos por repetir en un estado de embriaguez ciertas palabras dichas por Zerlina en su cuarto; pero es el caso que Zerlina entonces está sola, y sabido es que nadie acostumbra á hablar con las paredes. Los monólogos son como los apartes; el público es quien se supone oírlos, pero no los demás actores.

Mr. Scribe ha tenido en el segundo acto una ocurrencia verdaderamente francesa. Hace desnudar y meterse en la cama á Zerlina á la vista del público, quien sigue con el mayor interés pieza á pieza cada una de las que la joven posadera se va quitando, y cuando llega á las enaguas todavía aguarda lo que queda; porque sabido es que esto de meterse una mujer en la cama es asunto que tiene muchos trámites, no todos para sacados á un teatro. Una posadera, verbigracia, es muy natural que se cace las pulgas á la luz antes de acostarse. Váyase porque en cambio no es natural que nadie se acueste con miriñaque.

El público aplaudió algunas piezas y pidió la repetición de tal cual de ellas, pero no hizo en él la ópera todo el efecto que debiera esperarse, atendido su mérito. Consistió en primer lugar en que no se está acostumbrado á ese género, á ese corte de música; y en segundo en que la producción es superior á los elementos con que puede contar una compañía de zarzuela, porque aquí no basta cantar bien ó mal, es indispensable además el ser actores.

En la ejecución hubo de todo. La señorita Ramirez estuvo bien, según acostumbra á estarlo. El Sr. Hordan canta, y gusta mucho siempre que canta; pero no hay ilusión teatral que baste á hacernos suponer que aquel es un capitán de bandidos.

Y ahora que hablamos de este aplaudido artista le preguntaremos cómo fué que desde el amanecer hasta las siete de la mañana le salieron aquellas barbas que saca con el vestido

de ladron. La receta seria admirable y utilísima para los calvos.

La pareja inglesa no pudo estar mas desgraciada. En otro teatro se habria podido ganar una ovacion tomatesca.

El Sr. Crescy no estuvo mal. Estudia, adelanta y se hace aplaudir.

Nosotros creemos que esta ópera gustará cada dia mas, porque lo merece, y porque los cantantes irán dominándola, al menos en lo posible. Garantía de éxito fuera el que el Sr. Sanchez Albarran tuviese la amabilidad de prestarse á egecutar el papel de Milord, segun por muchos se ha solicitado. Nosotros esperamos que al cabo acceda á estos justos deseos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^A FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONCLUSION.)

—No, Herminia; yo te doy gustoso mi mano y nadie me obliga á ello.

—Os obliga el afecto que profesais á mi tio. Por eso me entregais vuestra mano; pero no vuestro corazon.

—Estás en un error y el tiempo te desengañará; si ayer pude vacilar, hoy obro voluntariamente; quiero amarte, quiero consagrar-me á tu dicha....

—¿Y estais seguro de ello? ¿Creeis que vuestro corazon será mio?.... Perdóname, Jimeno, perdona que te hable de este modo. Yo necesito saber si la union que nos espera te hace feliz; yo quiero estar convencida de que no me ocultas un pesar que acabaria por matarme á mí. Si tus labios no están acordes con tu corazon, aun es tiempo; aun podré renunciar á esa dicha que quieres ofrecermme.

Los ojos de Herminia estaban inundados de lágrimas y la angustia de su corazon se dejaba traslucir en lo entrecortado de su acento.

Jimeno se sintió conmovido á su vez y exclamó:

—Oh! no, Herminia; yo necesito amar, necesito que mi corazon oprimido tanto tiempo, marchito como una flor arrancada de su tallo, nazca de nuevo á la esperanza y á la dicha. Yo he visto en tí durante dos años un ángel de

virtud, un modelo de resignacion y de dulzura. Yo debí arrojarme á tus piés, debí secar tus lágrimas y no lo hice porque me era imposible, porque estaba loco y mi vida era un suplicio....

—Sí, sí, tú la amabas mucho y la amas todavía!....

—No hablemos de ella, Herminia, dijo el jóven estremeciéndose y fijando sus ojos con espanto en el rio Irati que bajaba á unir sus aguas con las del Aragon, atravesando de parte á parte un monte vecino cuya cima parecia que iba á perderse en las nubes.

Habian llegado al sitio donde Casilda habia dado su último adios al mundo. Estaban cerca del Puente del Diablo, y los dos jóvenes murmuraron en silencio algunas palabras. Sin duda estaban orando por el alma de aquella mujer querida.

La vista del rio fascinaba á Jimeno que seguia fijando sus ojos en la impetuosa corriente; luego volvió en sí, y arrancando un suspiro del alma dijo á Herminia:

—Perdóname, yo te lo suplico; allí en aquel sitio, murió por mí la que habia nacido para mí. He querido tributar un recuerdo á su memoria y rogar á Dios por su eterno descanso.

—Yo tambien le he dirigido mi plegaria.

—Y tu plegaria será oida, porque eres buena y generosa. Oh! si tú me permitieses....

—Habla, Jimeno, habla.

—Estamos al pié de este monte, debajo de ese puente maldito. ¿Quieres que suba un instante?

—Subiremos los dos, dijo Herminia, procurando apearse.

Jimeno echó pié á tierra y dando la mano á su futura, se dirigieron en busca de la senda mas inmediata. Ambos estaban conmovidos y preocupados; pero sus almas fijas en un mismo objeto, ligadas por un mismo pesar, parecia que empezaban á entenderse.

Cuando llegaron á un sitio dado, los dos cayeron de rodillas con las manos cruzadas. Jimeno fué el primero que se levantó.

—Adios, Casilda, dijo en voz alta; ya tu memoria no será esclusiva en mi corazon, porque voy á entregarle á otra mujer. Otra mujer que te amaba mucho. Ella ruega por tí y sus ruegos no dejarán de ser gratos. Si puedes oirnos, si nos puedes responder, si desde la morada que ocupas nos estás viendo el uno al lado del otro rogando por la salvacion de tu alma, bendícenos como nosotros te bendecimos á tí!

Una voz, ó mejor dicho un eco prolongado, pareció que salia del fondo de aquel abismo. Herminia y Jimeno palidcieron súbitamente,

dirigiendo su vista al sitio de donde al parecer habia partido.

—Sí!!! habia dicho la voz resonando en el alma del jóven que no pudo descubrir ninguna huella humana en aquel sitio. Herminia por el contrario, creyó divisar un instante al peregrino que se ocultaba rápidamente en el hueco formado entre dos rocas inmensas.

—Ilusion! digeron ambos jóvenes para sí; esto es un sueño, esto no puede ser una realidad.

Y ambos se alejaron de aquellos sitios marchando á unirse con sus compañeros que entraban en el pueblo de Rocaforte.

La casa del cura Navarro estaba ya preparada para recibir á sus huéspedes. La boda debia celebrarse al siguiente dia sin ostentacion ni aparato alguno, verificándose en la iglesia, con la cual sabemos que se comunicaba la casa.

Llegada la hora de la ceremonia Jimeno se encontraba con el esposo de Elena y esta con su prima. Herminia vestia, accediendo á los deseos de la hija del virey, un traje de sarga blanco y guarnecido de encajes, un velo y una corona de flores del mismo color. Elena habia querido completar aquellos adornos colocando por sí misma en el pecho, cuello y brazos de su prima un magnífico aderezo de diamantes que quiso regalarle en calidad de madrina.

—Qué bien te sienta ese traje, Herminia! estás encantadora; dijo contemplándola con arrobamiento.

—Gracias á tí, respondió la jóven con modestia, aunque acababa de mirarse al espejo hallándose verdaderamente bella: tú si que estabas hermosa el dia de tu enlace con tus galas iguales á estas que te has empeñado en que yo me pusiera.

—Ahora que ya estás vestida, justo será que yo tambien me arregle un poco. Me parece que no tomarás á mal que me retire si te dejo en buena compañía. Voy á decirle á Jimeno que ya le estás esperando.

—Siempre buena y solícita. ¿Cómo podré pagarte cuanto has hecho por mí?

—Amándome como yo te amo: adios.

Elena salió dirigiéndola una mirada y una alegre sonrisa. Jimeno apareció despues de unos cortos momentos. Al entrar hizo un movimiento de sorpresa que no pudo reprimir y exclamó:

—Qué hermosa estás, Herminia!

Esta exclamacion hizo que la jóven se ruborizase. El placer inundó su corazon, pues ya no era indiferente para Jimeno.

El jóven se acercó á ella, la estuvo contemplando en silencio, y viendo que realmente es-

taba radiante de hermosura, tomó entre las suyas una mano de la jóven que estrechó afectuosamente.

—Todavía falta media hora, dijo; ¿quieres que esperemos aquí á tu prima, ó prefieres que vayamos á reunirnos con el marquesito?

—Haré lo que gustes, respondió Herminia bajando los ojos.

—Entonces esperaremos aquí, dijo el jóven ofreciéndole una silla y sentándose á su lado.

Parecia que efectivamente su corazon se ensanchaba renaciendo á la vida. No cansándose de admirar aquella beldad que por tanto tiempo le fué indiferente, exclamó al fin:

—Qué bien te sienta ese traje! cómo me gustas con él!

—En ese caso desearia llevarlo siempre.

—No es eso lo que he querido decirte, Herminia, la rosa es siempre bella, y mas bella todavia entre su verde ropaje que en los mas ricos jarrones de oro. Quiero decirte que acabo de ver esa rosa y que su perfume halaga mis sentidos. Con ese traje y con otro cualquiera siempre serás la misma. Yo soy el único que debe cambiar.

—Llegarás á amarme, Jimeno?

—Sí, te amaré, contestó él con acento cada vez mas conmovido y fijando sus labios en la mano de su novia. Debo cumplir una promesa que hice últimamente en el fondo de mi corazon, y debo al propio tiempo hacerte olvidar las penas que has sufrido por mí. Porque tú me amabas, Herminia; tú te condenabas á sufrir en silencio por un hombre que no te merecia. Olvídalo todo, te lo suplico: hace dos años que debí decirte lo que hoy te digo. Herminia, yo era muy desgraciado y tú vas á hacerme dichoso; yo debo amarte, yo te amo!

La jóven sintió renacer en ella un mundo de esperanzas y de suprema ventura al escuchar esta primera declaracion amorosa de Jimeno; así es que sin saber lo que decia contestó:

—Oh! gracias; si eso es cierto, con sola esa palabra me recompensas todo lo que he sufrido.

—Soy franco, mi querida Herminia; hasta este momento no he sentido lo que ahora estoy experimentando. Dios no ha querido sin duda que yo me acercase á tí hasta que mi alma estuviese purificada y libre; no ha querido que yo te hiciera un juramento falso, porque tú eres digna del mas verdadero y puro cariño. Yo bendigo á Dios y adoro sus altos designios; bendito sea él y bendita seas tú que vuelves el ser á un desgraciado, á un hombre

que vivia sin esperanza! En tus brazos, Herminia, aun puedo ser feliz.

Elena llegó en aquel instante y asomando la cabeza por la puerta exclamó:

—Bien, así me gusta; pero no hay que olvidarse que el sacerdote espera al pié del altar.

—Sí, sí, vamos al altar, dijo Jimeno levantándose y ofreciendo el brazo á Herminia.

Luego se detuvo un momento y fijando en ella una tierna mirada la preguntó en voz baja:

—¿Lograré hacerte feliz con mi amor, Herminia?

—Tú lo sabes, replicó esta sonriéndose y derramando una lágrima: tú sabes que solo á tu lado soy dichosa, porque eres el dueño esclusivo de mi corazón; porque solo á tí hubiera dado el nombre de esposo....

—Gracias; eres un ángel....

Hablando de este modo llegaron al sitio donde los demás les estaban esperando. La comitiva cruzó el pasadizo que se comunica con la iglesia, ínterin un bulto negro la atravesó rápidamente ocultándose en el rincón mas oscuro.

Entonces empezó la ceremonia. Elena se acercó á Herminia y le dirigió una amorosa sonrisa. El sacerdote preguntó á la novia si queria por esposo al jóven Jimeno de Luna y Herminia contestó afirmativamente, procurando contener los redoblados latidos de su corazón: luego fué preguntado el jóven si recibia por esposa á Herminia.

—Sí; respondió Jimeno en voz alta y segura.

Al pronunciar aquel *sí*, un gemido de angustia resonó en las bóvedas del santuario; los circunstantes volvieron la cabeza y no vieron á nadie. La iglesia estaba desierta y silenciosa.

Casilda habia consumado su inmenso sacrificio y espiado todas las faltas que pudo haber cometido durante su vida. Habia tenido bastante fortaleza para presenciar aquel acto, y su alma llena de abnegacion se habia purificado en el crisol de los padecimientos. Aquel *ay!* terrible, escapado de su pecho, era el último tributo consagrado al mundo; la última señal de dolor, casi imposible de vencer considerada nuestra humana flaqueza. Pobre mártir!...

CONCLUSION.

Al otro dia y al despuntar de la aurora dos caballos salian de Rocaforte con direccion al camino de las Bárdenas. En uno de aquellos caballos iba montado el virtuoso cura Navarro, que habia envejecido notablemente, y en el otro

una mujer que no podia ser conocida de nadie porque la cubria un manto negro. Tres cuartos de hora llevaban caminando silenciosos cuando llegaron á una pequeña eminencia, en la cual, una vez traspuesta, se pierde de vista la ciudad de Sangüesa y sus alrededores. En aquel punto la desconocida volvió su caballo, levantó un poco el denso velo que cubría sus facciones y derramó una melancólica mirada sobre aquellos sitios, volviendo luego, despues de haber lanzado un suspiro, á cubrirse el rostro, siguiendo la direccion que llevaba el sacerdote. A sernos lícito penetrar á través de aquel manto, hubiéramos podido ver dos gruesas lágrimas que se desprendian de sus ojos, yendo á caer sobre su rostro que estaba pálido como el de un cadáver.

En semejante actitud siguieron andando largo rato cambiando alguna que otra frase entrecortada: como si la incógnita temiese ser reconocida hasta de los árboles que encontraba en su camino. Por fin llegaron á la ermita de San Zoilo y dijo el anciano:

—Quieres que nos apeemos, hija mia?

—Sí, contestó la del manto; quiero despedirme de este sagrado recinto.

Echaron pié á tierra, entraron en la pequeña ermita y despues de orar un corto espacio de tiempo, la desconocida dejó una crecida limosna y se volvieron á poner en marcha.

Al declinar el dia llegaban al monasterio de la Oliva, situado en el corazón de la Bárdena. Este magestuoso edificio que en una estension de doce ó catorce leguas no cuenta con mas vecindad que la de dos pequeñísimos pueblos, se levanta imponente en medio de la soledad, y hace mas de setecientos años que parece ser el alma de aquel pequeño y árido desierto (1).

Cuando llegaron á los umbrales de su puerta nuestros viajeros hicieron que se les anunciase, y á poco rato apareció el abad, hombre venerable, que los recibió con el mayor agasajo y les fué guiando hasta su aposento.

—Os esperaba, hermano, dijo el abad; os esperaba, y aunque no sabia á punto fijo cuando debiais venir á esta santa casa, no por eso he dejado de hacer que os tuviesen preparadas estas habitaciones.... porque supongo, añadió interrumpiéndose, que nos acompañareis algunos dias.

—Lo que es ahora no, porque tenemos que partir por la mañana temprano. A mi vuelta estaré unos dias formando parte de esta comunidad á la cual quisiera pertenecer. Ahora, si esto no os desagrada, me permitireis que

(1) Se fundó en el año de 1134.

os hable de vuestro viaje. ¿Os ha ido bien en la ciudad eterna? ¿habeis visto á nuestro Santo Padre?

—Sí, y aquí teneis la dispensa.

El reverendo abad sacó un pliego sellado con las armas pontificias y lo entregó á nuestro cura diciéndole:

—No hay que hacer otra cosa mas que entregar estos papeles al obispo, y en tres dias estará despachado un asunto que de otro modo os hubiera costado un año.

Al otro dia por la mañana se pusieron efectivamente en marcha nuestros viajeros, los cuales caminaban sin descansar, pues sin duda la desconocida tenia grandísimos deseos de llegar al término de su viaje. Por fin, cuando el sol iba ya declinando, pasaron el puente del Ebro y entraron en la ciudad de Tudela, cuya amenidad y belleza de sus alrededores hubieran causado grande encanto en personas menos preocupadas y entristecidas. Pocas calles tuvieron que atravesar para llegar al convento de monjas de Santa Clara, que era precisamente el punto á donde se dirigian y en el cual se apearon definitivamente. Despues entraron en la portería entregando una carta del abad del monasterio de la Oliva para la superiora del convento. Mientras la tornera subia á desempeñar su comision, el sacerdote se dirigió á la desconocida y la dijo:

—Sufres aun, hija mia?

—Oh! no, señor, ya no sufro, respondió ella; la santa religion es un bálsamo que cicatriza todas las heridas por profundas que sean.

—Pues entonces abrázame por última vez y recibe mi bendicion. Siento pasos; serán las religiosas que se aproximan.

—Benedicidme y el cielo vaya con vos, mi querido tio; pero antes séame lícito pedir os una gracia.

—Habla, pobre mia! pídemelo lo que quieras, se apresuró á decir el anciano que apenas podia contener sus lágrimas.

Puesto que yo he muerto para todo el mundo, hasta para vos, quiero y os suplico que Herminia y Jimeno ocupen siempre mi lugar en vuestro corazon.

—Siempre buena y generosa! Descuida, hija mia; ellos serán mis únicos herederos. Yo vuelvo á mi pobre casa de Rocaforte, y desde allí velaré por esos jóvenes hasta que llegue la hora postrera de mi muerte que ya no puede retardarse. Adios, y el cielo te bendiga lo mismo que yo lo hago ahora desde lo mas profundo de mi corazon.

Al mismo tiempo que el sacerdote daba su último abrazo á la tierna y desafortunada doncella, se abrieron de par en par las puertas

del convento, y la comunidad se presentó á recibir á la nueva sierva del Señor. Un instante despues las pesadas hojas volvieron á cerrarse y Casilda desapareció para siempre.

Tres dias despues, merced á una dispensa que el reverendo abad del monasterio de la Oliva habia obtenido del Santo Padre, profesaba Casilda en el convento de Santa Clara de Tudela bajo el nombre de MARÍA DE LA PURÍSIMA CONCEPCION. Despues de la solemne ceremonia se arrodilló al pié del altar para dar gracias al Todopoderoso diciendo con humildad:

—Dios mio! perdóname que no haya pronunciado mis votos hasta que le he visto dichoso. Yo le he proporcionado una esposa y él me dió sin saberlo el esposo que debia elegir. Con la diferencia, añadió sacando un pequeño crucifijo de plata que llevaba en el pecho, que este bajará conmigo al sepulcro. Vos, Dios mio, que siempre teneis consuelos para prodigarlos á los desgraciados, acogedme en vuestro seno y diré como él: «aun puedo ser feliz, gracias á vuestra divina proteccion»

FIN.

DIAS GENIALES.

CUADRO SEGUNDO.

EL BAILE DE LOS INOCENTES.

(CONTINUACION.)

—Es V. muy dueño; pero observo que tiene V. una coleccion asombrosa de perdices....

—Ah! eso sí; machos como ellos no los hay en toda la Alcarria. Y eso que ahora, como salgo ya poco, me he desprendido de los mejores; pero tenia años pasados unos reclamos, que en cuanto los sacaba al campo, no quedaba bicho que no me tragesen....—Pero, Manuela, dijo á su mujer que estaba embelesada con el baile: sácale á este señor un mantecadito y una copita de ratafia, que aunque haya comido, siempre habrá dejado en el estómago algun rincónico.

—Qué disparate! De ningun modo, señora, lo aprecio mucho, pero....

La boticaria no esperó á razones, y en un momento sacó en un gran plato sopero de pedernal unos cuantos bollitos cubiertos de azúcar y una copita muy pequeña de cristal en el

medio, llena de un licorcillo dulce y empalagoso como un jarabe.

Vana fué mi resistencia.

—Vamos, me decía la boticaria; no me haga V. desaire ni lo tome con discrúpulo, porque todo es cosa de casa.

—Puede V. tomarlo sin reparo, añadía D. Camilo, que en ello no han tocado mas manos que las de Manuela, que para estas cosas se pinta sola.

—Ocho cuartos mas me ha dado el Nene, señá Manuela, porque salga V. á bailar con el Andresillo, y dice que ha de salir V. aunque le cueste una fanega de trigo; dijo otra vez la voz del desconocido que volvía con otro mensaje.

—Ocho porretas!! contestó exasperado D. Camilo; ¡mal año con los empeños; que parece que lo hacen aposta! Cuando mas ocupado está uno, mas lo bromean. Pues no doy nada, ni quiero que baile mi mujer: que se diviertan ellos y no vengán á molestar á nadie en su casa.

—Sosiéguese, boticario, y afloje el bolsillo; dijo el abogado, que ogaño no está V. para disgustarse, y al cabo, lo que ha de hacer después hágalo antes.

—Pues digo, que ni bailará ni dará un cuarto, y veremos quien es el amo.

—Pero ya vé V., repuso el sacristan, yo soy un criado de las ánimas benditas y no hago mas que lo que me mandan los devotos. Las ánimas no lo han de perder, y yo creo que debe V. dejar bailar á la señá Manuela, porque veo que la gente se pica y va á ser *pior*.

—Dé V. los doce, añadió el alcalde con persuasivo acento, queriendo calmar á nuestro sofocado D. Camilo. Qútese V. de contestaciones, no sea que emprendan á picarse y tengamos que alterar el órden. No dé V. lugar á que digan que el boticario ha sido el primero que falta á lo regular.

D. Camilo sacó del bolsillo seis monedas y las entregó al sacristan, que marchó corriendo.

—¿Pero qué razon hay, pregunté yo sorprendido, para que dé V. dinero por no bailar?

—Calle V., amigo mio! me contestó D. Camilo sacando un pañuelo de cuadros azules para limpiarse una gota de agua que oscilaba en la encarnada punta de su nariz. Lo que pasa aquí no tiene igual en el mundo: estoy seguro que en ninguna parte se toleraría.

—Y por qué no? replicó la boticaria saliendo á la defensa de las costumbres de su pueblo; toda la vida he visto lo mesmito que ahora, y es una estilacion de siempre que dura y durará, sí señor. Porque tú no quieras ó no puedas, no nos hemos de sujetar toicos á tus ridiculeces.

—Pero, mujer, replicaba D. Camilo en ademán suplicante y haciendo con el pañuelo una especie de cilindro que pasaba y repasaba por debajo de la nariz.

—Pero, marido!! contestaba la altiva farmacéutica con aire de superioridad: ¿me bulraba yo de los treatos ni de las cosazas de tu pueblo cuando me llevaste á Madrid?

—Sí!! dige yo queriendo transigir; es verdad.... "Donde fueres, dice el refran, haz como vieres:" pero yo encuentro que D. Camilo en parte no deja de tener su razon.

—No, no, me interrumpió el alcalde poniéndose en pié y guardando el Boletin y el lente en el bolsillo de la chaqueta; V. ha llegado como quien dice antier tarde y está ignorante de lo que pasa. Para que V. lo intienda: hay aquí una cofradía que se intitula de las *Ánimas benditas*, fundada allá en los terremotos tiempos en que nuestros abuelos conquistaron la España. Esta cofradía, para acabar presto, celebra toicos los años tal dia como hoy; y si V., pongo por caso, quiere que baile yo, va V. al sacristan y le dice: "Yo doy uno, ú dos ú medio porque baile el señor alcalde, ó su mujer," ó cualisquiera otra persona, aunque sea el vicario de las recoletas, que es un convento que hay aquí cerca, junto á un cerro que llaman de la Horca, pegao al barranco de la Tigera, donde está la ermita de los Desamparados. Pues bien: V. da al sacristan lo que ofrece porque yo baile; el sacristan viene y me dice: "Tanto dan porque baile V.;" y yo entonces, si no quiero bailar, tengo que dar otro tanto y un poco mas; y si no lo doy estoy obligado á salir y bailar todo lo que V. mande.

En esto hay mucha groma como V. conoce; porque los mozos se pican, y cuando uno está bailando con su novia, viene otro y dice: "Yo doy tanto porque no baile fulano con su novia." El novio se quema y da mas por seguir bailando; el otro puja y el novio repuja, y en estas funciones se pasa la tarde.

—Pero el dinero?

—El dinero que se arrecoge es dispues para decir misas á las benditas ánimas.

—Vea V.! me añadió D. Camilo, si esto puede divertir á nadie, y si con el pretesto de las ánimas benditas no abusarán á su sabor estos beduinos de cualquiera persona decente.

—Dos riales me ha dado la señorita porque salga V. á echar unas manchegas; dijo otra vez la campanuda voz del sacristan, que andaba de aquí para allí mas diligente que un corredor de bolsa.

—Me dice V. á mí? le pregunté sorprendido.

—A V.; me contestó.

—Pero qué señorita?

—Toma! la señorita, aquella del pañuelo verde que está en aquel corro; y me indicó una jóven bastante graciosa que entre otras cuantas de su mismo porte y edad se hallaba á corta distancia de nosotros.

—Lllaman la señorita á esa jóven, dijo D. Camilo viendo mi confusion, porque es hija de un mayorazgo muy fuerte que hay en el lugar. Su padre la mandó á un colegio cuando era pequenita, y al volver al pueblo dieron todos en llamarla la señorita.

(Se continuará.)

JUAN CUESTA.

HISTORIA
DE
CRISTÓBAL COLON
Y DE SUS VIAJES
POR
EL CONDE ROSELLY DE LORGUES,
TRADUCIDA EN ESPAÑOL
POR
MARIANO JUDERIAS.

Habiéndose agotado las primeras entregas de ella se abre una nueva suscripcion á un real de vellon la entrega en Cádiz, y á real y cuartillo en los demás puntos. La obra constará de unas setenta entregas de á diez y seis páginas.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don J. M.: *Lorca*.—Suscrito hasta fin de Setiembre.

Sra. D^a M. de los D. L.: *Sevilla*.—Id.

Sr. Don A. L.: *Zaragoza*.—Id.

Sr. Don M. M. G. P.: *Santiago*.—Id.

Sra. D^a I. B.: *Villagarcía*.—Id.

Sr. Don P. M.: *Sanlúcar de Barrameda*.—Id.

Sr. Don R. D.: *Ecija*.—Id. Por el correo del 4 se le han remitido los números que pidió correspondientes al año de 57. Su importe 2 rs. vn.: del año de 56 no hay número alguno.

Sra. de S.: *Toledo*.—Suscrita hasta fin de Agosto. Por el correo del 4 se le han remitido los números publicados desde 1^o de Junio.

Sr. Don J. M. de F.: *Alcalá de los Gazules*. Se recibieron los sellos para renovar la suscripcion de D^a F. E. y D.

Sr. Don V. E. y R.: *Alcalá de los Gazules*.—Se re-

cibieron los sellos para la suscripcion de Don M. M. E. Sra. D^a C. M. L.: *Montellano*.—Suscrita hasta fin de Setiembre. Por el correo del 5 se le ha remitido la pieza de música que pedia: su importe trece sellos de á cuatro cuartos.

Sra. D^a M. P.: *Valencia*.—Suscrita hasta fin de Agosto.

Sr. Don A. G. B.: *Jerez*.—El dia 6 se le duplicó el número que reclamaba.

Sra. D^a F. J. M. de H.: *Madrid*, D^a R. de T. y L., de *Alcázar de San Juan* y D^a V. S., de *Madrid*, concluyeron su suscripcion en fin de Junio, y queda renovada por 3 meses: deberá V. mandar 115 sellos de 4 cuartos.

Sr. Don L. M.: *Arsenal de la Carraca*.—Suscrito por dos ejemplares. Deberá V. remitir tres sellos de á cuatro cuartos, por haberlos mandado de menos al pedir dichas suscripciones.

Sras. D^a C. y N. V. y P.: *Figueras*.—Suscritas hasta fin de Setiembre.

Solucion del geroglífico anterior.

*El miedo es natural en el prudente,
Y saberlo vencer es ser valiente.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

